

y, más en concreto, de los espacios de vida humana. La apuesta es por núcleos poblacionales que conformen una red policéntrica. Ciudades y pueblos que tengan una escala humana, sean compactos, resilientes y estén integrados con el mundo rural, es más, que contengan la ruralidad también dentro, llenándolos de prácticas agrícolas.

Finalmente, la biorregión construye una nueva cultura y, a su vez, requiere de una reconceptualización en ese plano. Implica la articulación de una identidad de lugar y concebir la naturaleza como algo orgánico de lo que formamos parte y no como objeto a dominar.

En conclusión, la biorregión está llamada a ser una de las piedras angulares de la construcción de sociedades ecomunitarias.

*Luis González Reyes*

Departamento de Educación Ecosocial  
de FUHEM

## VERDE, ROJO Y VIOLETA. UNA IZQUIERDA PARA CONSTRUIR ECOSOCIALISMO

[Francisco Fernández Buey](#)  
(Edición de Rafael Díaz-Salazar)  
El Viejo Topo, Barcelona, 2023  
*343 págs*

Necesitamos construir una nueva cultura y práctica política que, partiendo de una ética de la resistencia frente a las formas de barbarie de la actual civilización industrial capitalista, cuestione la idea de progreso material asentada sobre el ilusionismo tecnológico y el producti-

vismo. Para ese intento, Francisco Fernández Buey (FFB) sigue siendo hoy un autor imprescindible. Lo es porque asumió, como ningún otro, el programa expuesto por Gramsci en *Los intelectuales y la organización de la cultura*, y porque lo hizo atendiendo tanto a los problemas nuevos como a las lagunas presentes en la propia tradición comunista que era, para él, la mejor para afrontar los problemas que plantean las sociedades capitalistas.

El libro es una antología de textos de Fernández Buey que va introducida por un extenso ensayo del editor sobre la trayectoria intelectual y activista del autor. En ese ensayo introductorio, Rafael Díaz-Salazar resalta la firme defensa de Fernández Buey a una ética de las convicciones fuertes, su reivindicación de Bartolomé de Las Casas en la denuncia del primer imperialismo de la modernidad, la primacía que siempre concedió a los de abajo y al hacer como la mejor forma de decir, o su pertenencia a la familia de los pesimistas con esperanza. El tema del libro queda acotado a cómo recomponer y actualizar el viejo ideario comunista tras fracasar en la construcción de una alternativa y ante la emergencia de problemas nuevos. Para ello, la selección de textos se ordena en cinco partes: la primera, de un solo capítulo, para ofrecer una visión amplia de la tarea que queda por hacer; la segunda (del capítulo 2 al 7) para recordarnos los puntos de partida necesarios para la reformulación de un ideario rojo-verde-violeta; en la tercer parte (capítulos del 8 al 15) se señalan los principales componentes de ese ideario o programa entendido en sentido amplio, para centrar la atención –ya en la cuarta, con los capítulos que van desde el 16 al 22– en las “herejías” que servirían para actualizar y fertilizar el componente rojo del proyecto; la quinta y última parte, de nuevo con un

solo capítulo, sirve para resaltar la necesaria dimensión internacionalista que debe estar presente en la izquierda que aún contempla un horizonte comunista en este mundo globalizado y biocida contemporáneo.

La selección arranca, como hemos dicho, con un texto que amplía el angular para comprender la situación en que nos encontramos. Al respecto resulta crucial plantearse dos cuestiones: qué se entiende por crisis de civilización y qué civilización es la que entra en crisis. FFB respondió estas preguntas en un artículo publicado en esta misma revista el año 2009. Una crisis de civilización se caracteriza por un momento histórico en el que se llega a un punto crítico que sitúa a la humanidad en una encrucijada. Una crisis que no solo es *global* sino también *total*, al afectar «no solo a las estructuras socioeconómicas, sino también a las instituciones políticas y culturales, así como al sistema de valores que configura y da sentido a una determinada cultura» (p. 90) y que, por consiguiente, reclama, si se quiere afrontar con honestidad y realismo, un auténtico cambio de paradigma. La civilización que entra en crisis tiene nombre, y no es otra que la actual civilización industrial capitalista que produce un desastre ético y una irracionalidad socioambiental como consecuencia de la reduccionista racionalidad económico-crematística que impone.

Para afrontar esta crisis de civilización conviene partir de las derrotas y fracasos de aquellos proyectos que se concibieron alguna vez como alternativas al capitalismo. El fracaso histórico de esos ensayos no invalidaba la búsqueda de otras formas de realizar el ideal. Fernández Buey fue ante todo un comunista. En el plano político y social lo relevante para FFB era ser comunista, más que mar-

xista. En eso siguió fielmente a su maestro Manuel Sacristán que, en su apuesta por complementar conocimiento científico y pasión ético-política, puso siempre en primer plano la dimensión de la transformación revolucionaria. Ahora bien, aunque la historia proporcione valiosas enseñanzas para evitar viejos errores en el intento de materializar un ideal, la renovación de un ideario necesita repensarse además a la luz de los nuevos problemas que van surgiendo. Y los cambios que ha experimentado el mundo desde las décadas finales del último tercio del siglo XX revelaban problemas de fondo sobre los que no se había pensado –o se había pensado demasiado poco y no siempre de forma acertada– en la tradición de la que ambos provenían. Esos problemas nuevos eran, según los percibía Sacristán y los relata Fernández Buey, «la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas, en fuerzas de destrucción, las consecuencias psicosociales del desarrollismo industrialista, la crisis ecológica, el papel de la tecnociencia en nuestras sociedades, la reconsideración del sujeto de transformación social a partir de la consideración de los cambios que se estaban produciendo en la composición de la clase obrera, los efectos socioculturales del equilibrio del terror en la segunda fase de la Guerra Fría, o sea, en la época del exterminismo, como lo llamaba el historiador británico E.P. Thompson, o la reconsideración de la noción clásica de revolución, incluyendo en esa noción la idea de revolución de la vida cotidiana, el problema de choque entre culturas, que había sido un problema muy poco abordado» (p. 195).

Pero esa tradición político cultural que se debe confrontar con problemas nuevos, ¿qué significado conserva en cuanto ideal? Fernández Buey responde que «el socialismo moderno buscaba crear un

orden nuevo frente a lo que consideraba desorden, desorganización y anarquía en las relaciones sociales entre los hombres. *Regulación (o planificación)* de los recursos y medios de producción y *racionalización* de las relaciones sociales en el plano de lo político habrían de ser, por tanto, las dos notas principales compartidas por las varias tradiciones socialistas» (p. 206). Y esos criterios inspiran los rasgos principales de un programa para una sociedad de hombres y mujeres iguales y libres en la que se irían combinando diferentes medidas, algunas formuladas como abolición de los obstáculos que impiden la aparición de la sociedad nueva (como la abolición del ejército y de la nueva servidumbre que representaba el trabajo doméstico asalariado o la reducción del aparato administrativo y represivo del Estado) y otras formuladas en positivo como propuestas para su construcción (como la reducción de la jornada laboral, la libre asociación entre productores iguales convertidos en trabajadores ciudadanos, la colectivización de los medios de producción y subsistencia mediante la propiedad compartida o el usufructo común, la combinación entre trabajo manual e intelectual, la alianza entre la fuerzas de la ciencia y el trabajo, etc.). Todo ello traería como consecuencia el fin de la división fija del trabajo, de la sociedad organizada en clases, la transformación drástica de la familia tradicional para acabar con la discriminación secular entre géneros y unas relaciones más armónicas con la naturaleza. Esas son algunas de las ideas que, más allá de las diferencias, compartieron los padres y madres del socialismo moderno.

¿Queda algo de este ideario del socialismo moderno? Si bien algunas reivindicaciones se han visto realizadas parcialmente, lo cierto es que «la mayor parte de las cosas que aquellos socialis-

tas, antiguos y modernos, querían abolir no figuran ya en los programas actuales. Y la mayor parte de las cosas que los clásicos proponían como alternativa tampoco son ya mencionadas habitualmente» (p. 210). Aceptar y asumir la profunda crisis del proyecto es el primer paso para la reconstrucción de un ideario que, además del reconocimiento de la insuficiencia de lo viejo, debe partir de los nuevos hechos a los que ya se ha hecho referencia, y que lejos de restar vigencia al ideal socialista hacen que cobre aún mayor sentido. La profundización de las desigualdades, el expolio de la naturaleza y la alienación de las gentes a causa de la agudización de la mercantilización, exigen «hoy como ayer, pero con mayor urgencia que ayer, si cabe, la racionalización de las relaciones sociales, la sociedad regulada» (p. 214). FFB tenía el firme convencimiento de que no hay nada mejor que la cultura comunista para hacer frente al modo de producción y vida que nos ha conducido a la actual crisis ecosocial.

Junto a las ideas básicas que conforman un ideario que debe ser actualizado permanentemente a la luz de problemas nuevos, FFB supo percibir también las lagunas o carencias de la propia tradición. Una de ellas es la relación entre la política y los sentimientos personales. Esta falta de consideración de las relaciones entre sentimientos privados y razón política en el movimiento comunista muestra la necesidad de una educación sentimental ante el empobrecimiento de quien se dedica “solo a la política” en unas circunstancias que, al ser especialmente duras o adversas, no permiten ser “amistoso con los demás” o tener una “mirada paciente de la naturaleza”, y eso aun cuando la vida de esa persona sea de generosa entrega y sus actos se encuentren movidos por una concepción de la política como ética de lo colectivo. Es precisamente en

Gramsci y Simone Weil, y concretamente en la tragedia y veracidad de sus vidas, donde Fernández Buey encuentra las claves para esa educación sentimental. Los capítulos dedicados a Gramsci (cap. 21 «Tragedia y verdad de Antonio Gramsci») y Simone Weil (cap. 15 «La izquierda violeta y las de abajo. Una perspectiva desde Simone Weil») son ejemplo de la importancia que Fernández Buey otorgó a la subjetividad y a la coherencia ética en la práctica política, sobre todo cuando aspira a praxis revolucionaria. El comunismo como horizonte político nunca puede dejar de estar acompañado de la necesidad de una educación sentimental capaz de revolucionar la vida cotidiana, empezando por las relaciones interpersonales.

Las biografías de Gramsci y Weil, sostenidas en buena medida sobre una ética del sacrificio, son el testimonio más veraz de la necesidad de una ética de la resistencia para hacer frente a la barbarie (la de entonces y la de ahora). La comprensión de la desdicha humana por parte de Weil, y la comprensión de la tragedia personal de Gramsci, supone pasar de los fríos análisis objetivos de la explotación económica y la opresión política a poner el acento en la mirada cálida sobre los efectos psicológicos y espirituales que aquellas realidades provocan en la condición humana en forma de desarraigo interior, alienación y deshumanización, de manera que permita profundizar y dar un paso más en la crítica a los fundamentos sobre los que se ha construido la inhumanidad de la actual civilización capitalista.

Así, combinando los análisis de una realidad cambiante con una educación sentimental capaz de hacer frente al desastre ético de una civilización transformada en barbarie, se podrá estar en condiciones de avanzar en la concreción de un programa roji-verde-violeta para una red de

movimientos sociopolíticos que, aunque en ciernes, no logrará materializarse sin trabajo organizativo por abajo y el intenso intercambio de ideas y experiencias entre quienes persiguen la idea de una ciudadanía global que pasa de las reivindicaciones parciales (centradas en un solo asunto) a la emancipación social.

*Santiago Álvarez Cantalapiedra*  
Director de *Papeles de relaciones*  
*ecosociales y cambio global*

## MENOS ES MÁS. CÓMO EL DECREMENTO SALVARÁ AL MUNDO

Jason Hickel

Capitán Swing, Madrid, 2023

320 págs.

*Menos es más* es, ante todo, un libro necesario. Un libro brillante y muy necesario cuya lectura no va a dejar indiferente a nadie. No es, por supuesto, el primer libro que aborda las bondades y la conveniencia de abrazar una forma de vivir más pausada y contenida; pero sí es, muy probablemente, uno de los que mejor han logrado desgranar las contradicciones y los sinsentidos de un sistema económico —el capitalismo— que está absurdamente organizado en torno a la expansión y acumulación perpetuas.

El crecimiento económico como un fin en sí mismo —el *crecentismo*— se ha convertido en el objetivo político nacional de casi todos los países del mundo. Sin embargo, comprender las implicaciones reales del crecimiento es fundamental. El crecimiento es una función compuesta. Esto supone que, para un crecimiento de, por